

EL REGALO DE DESPEDIDA

CLAIRE KEEGAN

Cuando el sol alcanza la base del tocador, te levantas y vuelves a mirar la valija. En Nueva York hace calor, pero en invierno puede hacer frío. Los gallos de Bantam estuvieron cacareando toda la mañana. No es algo que vayas a extrañar. Tienes que vestirme y lavarte, lustrarte los zapatos. Afuera el rocío yace sobre los campos, blancos y vacíos como páginas. Pronto el sol hará que se evapore. Es un buen día para segar el heno.

Tu madre, en su dormitorio, mueve cosas de aquí para allá, abriendo y cerrando puertas. Te preguntas cómo serán las cosas para ella cuando te vayas. A una parte de ti no le importa. Habla del otro lado de la puerta.

-¿Quieres un huevo hervido?

-No, gracias, ma.

-¿Quieres algo?

-Quizás más tarde.

-Voy a hervirte uno.

Abajo, se vierte agua en la tetera, se retira el pasador. Oyes a los perros precipitarse, plegarse los postigos. Siempre has preferido esta casa en verano: una sensación de frescura en la cocina, la puerta de atrás abierta, el aroma de los oscuros alhelíes después de la lluvia.

Te lavas los dientes en el baño. Los tornillos del espejo se oxidaron, y el espejo está empañado. Te miras y sabes que

no aprobaste el Certificado de Fin de Estudios. El último examen fue el de historia y se te borraron las fechas. Confundiste los métodos de guerra, los reyes. Inglés fue peor. Trataste de explicar esa frase sobre el bailarín y la danza.

Vuelves al dormitorio y sacas el pasaporte. En la fotografía te ves extraña, perdida. El boleto dice que llegarás al Aeropuerto Kennedy a las 12.25, casi la misma hora que a la que te vas. Le echas una última mirada al cuarto: paredes empapeladas de amarillo con rosas, techo alto y manchado donde la pizarra se despegó, el cable del calentador eléctrico quieto como una cola debajo de la cama. Solía haber un cuarto abierto al final de la escalera, pero Eugene le puso fin al asunto, trajo carpinteros y el tabique divisorio, instaló la puerta. Lo recuerdas dándote la llave, lo mucho que eso significó para ti en ese momento.

Abajo, tu madre vigila el gas, a la espera de que hierva el jarro. Te quedas en la puerta y miras al exterior. Hace días que no llueve; el chorro que baja desde el patio trae apenas un hilito. Desde los campos vecinos llega el olor a heno. No bien se evapora el rocío, los hermanos Rudd saldrán a los prados a dar vuelta las pilas, que almacenarán mientras dure el buen tiempo. Juntarán con horcas lo que la enfardadora deje atrás. Mrs Rudd sacará el termo, la ensalada. Se recostarán contra los fardos y comerán hasta hartarse. Llegará la risa desde el campo, clara, como el reclamo de un pájaro sobre el agua.

—Otro lindo día.

Sientes la necesidad de hablar.

Tu madre produce un sonido animal con la garganta. Te das vuelta para mirarla. Se seca los ojos con el dorso de la mano. Nunca fue de aceptar las lágrimas.

—¿Eugene se levantó? —pregunta.

—No sé. No lo oí.

—Voy a despertarlo.

Van a ser las seis. Queda una hora antes de irte. La olla hierve y vigilas para bajar la llama. Adentro, tres huevos se chocan unos con otros. Uno está cascado, le sale una cosa blanca. Apagas el gas. No te gustan blandos.

Eugene baja vestido con su ropa de domingo. Parece cansado. Se ve como siempre.

—Bueno, hermanita —dice—. ¿Ya estás lista?

—Sí.

—¿Tienes el boleto y todo lo demás?

—Sí.

Tu madre saca las copas y los platos, corta la cuarta parte de un pan. El cuchillo es viejo, en algunas partes tiene los dientes gastados. Comes el pan, bebes el té y te preguntas qué comen los estadounidenses en el desayuno. Eugene golpea su huevo, unta con manteca el pan, lo comparte con los perros. Nadie dice nada. Cuando el reloj da las seis, Eugene busca la gorra.

—Hay un par de cosas que tengo que hacer en el patio —dice—. No tardaré.

—Está bien.

—Te conviene salir con tiempo —dice tu madre—. No sea cosa que pinches.

Pones los platos sucios sobre el escurridor. Nada tienes que decirle a tu madre. Si empezaras, le dirías qué cosas no estuvieron bien y no te gustaría terminar de ese modo. Subes, pero prefieres no volver al cuarto. Te quedas en el rellano. En la cocina comienzan a hablar, pero no oyes lo que dicen. Un gorrión desciende en picada sobre el alféizar de la ventana y picotea su reflejo, el pico da contra el vidrio. Lo observas hasta que ya no puedes seguir observando y se va.

Tu madre no quería una gran familia. A veces, cuando perdía la paciencia, te decía que te pondría en un balde y te ahogaría. De niña, te imaginabas llevada a la fuerza hasta el borde del río Slaney, puesta en el balde, y el balde arrojado desde la orilla, flotando un rato antes de hundirse. Cuando creciste, supiste que solo era una figura del habla, y entonces creíste que era apenas algo horrible que decir. La gente a veces dice cosas horribles.

Tu hermana mayor fue enviada pupila a la mejor escuela de Irlanda y se hizo maestra. Eugene era excelente en la escuela, pero cuando cumplió los catorce tu padre lo sacó para que trabajase la tierra. En las fotografías, los mayores están elegantes: cintas de raso y pantalones cortos, un sol ennegrecedor en sus ojos. Los otros fueron viniendo según el curso de la naturaleza, fueron alimentados y vestidos, y enviados a escuelas pupilas. A veces volvían para algún fin de semana feriado. Traían regalos y un optimismo que menguaba rápidamente. Podías verlos recordando todo, la existencia, poniéndose rígidos cuando la sombra de tu padre cruzaba el piso. Al irse, se sentían curados, impacientes por marcharse.

Tu turno para ir al internado no llegó nunca. Para entonces tu padre no le veía sentido a educar a las niñas; te irías y otro hombre recibiría el beneficio de tu educación. Si te mandaban al colegio común, podrías ayudar en la casa, en el patio. Tu padre se mudó a otro cuarto, pero tu madre le ofrecía sexo el día de su cumpleaños. Ella iba hasta su dormitorio y allí lo hacían. Nunca duraba mucho y jamás hacían ruido, pero tú sabías. Y entonces, eso también cesó y, en lugar de ella, te hacían ir a ti a dormir con tu padre. Pasaba más o menos una vez por mes, y siempre cuando Eugene no estaba.

Al principio ibas voluntariamente, atravesabas en camisón el descanso de la escalera, apoyabas la cabeza en

su brazo. Jugaba contigo, te elogiaba, te decía que tenías sesos, que eras la más brillante. Siempre ponía el brazo debajo de tu cuello, luego la mano terrible se metía debajo de la ropa para sacarte el camisón, los dedos, fuertes de ordeñar, te encontraban. Su mano enloquecida yendo hasta sí mismo hasta que gemía y luego te pedía que te pusieras la ropa, te decía que podías irte, si así lo querías. El beso obligatorio al final, con barba crecida y aliento a cigarrillos. A veces te daba un cigarrillo para ti sola y podías quedarte acostada a su lado, fumando, simulando que eras otra persona. Cuando todo terminaba, te ibas al baño y te lavabas, diciéndote que no significaba nada, deseando que el agua estuviera caliente.

Ahora estás en el descanso, tratando de recordar felicidad, un buen día, una noche, una palabra amable. Parece oportuno buscar algo feliz para hacer que la despedida sea más difícil, pero no te viene nada a la mente. En cambio, recuerdas la época en que la perra tuvo todos esos cachorros. Fue alrededor de la misma época en que tu madre comenzó a mandarte al dormitorio de él. En el cobertizo donde se entuba el agua que baja de la colina, tu madre se inclinó sobre el barril y sostuvo la bolsa bajo el agua hasta que cesó el gimoteo y la bolsa dejó de moverse. Ese día en que ahogó a los cachorros, giró la cabeza y se te quedó mirando, y sonrió.

Llega Eugene y te halla ahí parada.

—No importa —dice—. No le hagas caso.

—¿Qué es lo que no importa?

Se encoge de hombros y entra al cuarto que comparte con tu padre. Arrastras la valija escaleras abajo. Tu madre no lavó los platos. Está allá, en la puerta, con una botella de

agua bendita. Hace caer un poco sobre ti. Te entran unas gotas en los ojos. Eugene baja con las llaves del auto.

-Papá te quiere hablar.

-¿No va a levantarse?

-No. Eres tú la que tiene que ir a verlo.

-Ve -dice mamá-. No lo dejes con las manos extendidas.

Vuelves a subir las escaleras, te detienes delante de su cuarto. Dejaste de cruzar la puerta desde los doce, cuando comenzó la sangre. Abres. Adentro está oscuro, hay rayas de luz estival alrededor de las cortinas. El mismo antiguo olor a humo de cigarrillo y pies. Miras sus zapatos y las medias al lado de la cama. Te sientes asqueada. Se sienta. Está en camiseta. Sus ojos de rematador de ganado lo asimilan todo, calculan.

-Así que te vas a los Estados Unidos -dice.

Le dices que sí.

-¿No eres acaso la astuta? -pregunta y se cubre la barriga con la sábana-. ¿Allá va a hacer calor?

Le dices que sí.

-¿Habrá alguien que te vaya a buscar?

-Sí -le confirmas. Esa fue siempre tu estrategia.

-Entonces, está bien.

Esperas que saque la billetera o que te diga dónde está, para dársela. En lugar de ello, saca una mano. No quieres tocarlo, pero tal vez tenga el dinero en la mano. En la desesperación, extiendes la tuya y él te da la mano. Te atrae hacia él. Quiere besarte. No necesitas mirarlo para saber que está sonriendo. Te desprendes y te vuelves para salir del cuarto, pero te llama. Esa es su manera. Te lo dará ahora que sabe que pensaste que no te daría nada.

-Y otra cosa -dice-. Dile a Eugene que quiero los prados cortados para la noche.

Sales y cierras la puerta. En el baño, te lavas las manos, la cara, te recompones.

-Espero que te haya dado dinero -dice tu madre.

-Me dio -dices.

-¿Cuánto te dio?

-Cien libras.

-Se le rompe el corazón -dice-. Su propia hija, la última de ustedes y ni siquiera se levantó de la cama, y tú, yéndote a los Estados Unidos. ¡Con qué gran hijo de puta me casé!

-¿Estás lista? -pregunta Eugene-. Mejor que vayamos yendo.

Rodeas a tu madre con los brazos. No sabes por qué. Cuando lo haces, cambia. La puedes sentir ablandarse entre tus brazos.

-Te voy a escribir, mamá, cuando llegue.

-Hazlo -dice.

-Será de noche antes de que lo haga.

-Ya sé -dice-. Es un viaje largo.

Eugene toma la valija y lo sigues afuera. Los cerezos se están torciendo. *Cuanto más fuerte el viento, más fuerte el árbol.* Los perros pastores te siguen. Sigues, más allá de los canteros con flores, los perales, en dirección al auto. El Cortina está estacionado debajo de la sombra del castaño. Hueles la menta silvestre a un costado del tanque de diesel. Eugene enciende el motor y trata de hacer alguna broma, se dirige camino abajo. Vuelves a mirar tu bolso, tu boleto, el pasaporte. Llegarás, te dices. Te irán a buscar.

Eugene se detiene en el camino, antes de los portones.

-Papá no te dio nada, ¿no?

-¿Qué?

-Sé que no te dio nada. No tienes que responder.

-No importa.

-Lo único que tengo es un billete de veinte libras. Puedo mandarte dinero después.

-No importa.

-¿Crees que será seguro mandarte dinero por correo?

Es una pregunta alarmante, estúpida. Miras los portones y, más allá, los bosques.

-¿Seguro?

-Ajá.

-Sí -dices que te parece que sí.

Bajas y abres los portones. Cruza, se detiene, te espera. Mientras pones el cable que cierra, la potranca trota hasta el borde del campo, se apoya contra la cerca y relincha. Es una yegua alazana con una pata calzada de blanco. La vendiste para comprar tu boleto, pero no la vendrán a buscar hasta mañana. Ese fue el arreglo. La observas y te vuelves, pero es imposible no mirar atrás. Tus ojos siguen el camino de grava, la franja verde entre los surcos, por encima del poste de granito dejado allí desde la época protestante y, más allá, a tu madre, quien ha salido para echarte una última mirada. Agita la mano en un saludo acobardado y pequeño, y te preguntas si alguna vez te perdonará por dejarla allí con su marido.

Camino abajo, los Rudd ya están en los prados. Hay un ruido como a disparo que viene de un motor cuando algo empieza, una brillante carcajada. Pasas por Barna Cross, donde solías tomar el bus que iba a la escuela comunal. Hacia el final, apenas te molestabas en ir. Te limitabas a sentarte en el bosque, debajo de los árboles, todo el día o, si llovía, encontrabas algún cobertizo para el heno. A veces leías libros que habían dejado tus hermanas. A veces te quedabas dormida. Una vez un hombre entró a su cobertizo y te halló ahí. Mantuviste los ojos cerrados. Se quedó un buen rato y después se fue.

-Hay algo que deberías saber -dice Eugene.

-¿Qué?

-No voy a quedarme.

-¿Qué quieres decir?

-Que renuncio a la tierra. Se la pueden guardar.

-¿Qué?

-¿Puedes verme viviendo allí, con ellos, hasta el fin de sus días? ¿Podrías imaginarme trayendo una mujer? ¿Qué mujer se quedaría? No tendría vida.

-Pero ¿qué hay de todo el trabajo que hiciste, de todo el tiempo?

-No me preocupa nada de eso -dice-. Todo eso se terminó.

-¿Adónde irás?

-No sé. Alquilaré algo.

-¿Dónde?

-Todavía no sé. Estaba esperando hasta que te fueras.

No pensé más.

-¿No te habrás quedado por mí?

Disminuyó la velocidad y se quedó mirando.

-Sí -dice-. Pero no fui de mucha utilidad, ¿verdad, hermanita?

Es la primera vez que alguien mencionaba eso. Dicho, suena terrible.

-No podías estar allí todo el tiempo.

-No -dice-. Supongo que no podía.

Entre Baltinglass y Blessington el camino caracolea. Recuerdas esta parte del camino. Viniste por acá para las finales del All Ireland. Tu padre tenía una hermana en Tallaght con la que podía quedarse, una mujer dura que hacía ricas tartas y dejaba una cadena de humo. Campos cenagosos, tierra mala rodeaba ese camino, y unos pocos caballos pastando. De niña, pensabas que ese era el Oeste de

Irlanda. Oírte decirlo solía hacer que los adultos se rieran. Y ahora, de repente, recuerdas algo bueno sobre tu padre. Fue antes de que empezaras a ir a su dormitorio. Había ido hasta el pueblo y se detuvo en la estación de servicio para comprar combustible. La muchachita de los surtidores se apareció y le dijo que hasta que tú llegaste, ella era la estudiante más brillante de la clase, la mejor en todos los temas. Él volvió del pueblo y lo repitió, y se sintió orgulloso porque tú eras más brillante que la hija de los protestantes.

Cerca del aeropuerto, aparecen aviones en el cielo. Eugene estaciona y te ayuda a encontrar el mostrador. Ninguno de los dos sabe exactamente qué hacer. Te miran el pasaporte, agarran tu valija y te dicen dónde ir. Subes a las escaleras mecánicas, que te asustan. Hay una cafetería donde Eugene intenta hacerte comer algo, pero tú no quieres comer ni quedarte haciéndole compañía.

Tu hermano te abraza. Jamás te han abrazado de ese modo. Cuando su barba te raspa la cara, te separas.

-Disculpa -dice.

-Está bien.

-Adiós, hermanita.

-Adiós, Eugene. Cuídate.

-En Nueva York ten cuidado con los carteristas.

No puedes responder.

-Escribe -dice rápidamente-. No te olvides de escribir.

-No me olvidaré. No te preocupes.

Sigues a los pasajeros hasta una cola y lo dejas atrás. No volverá por la comida; no tiene tiempo. No fue necesario que entregaras el mensaje. Sabes que pisará el acelerador a fondo, estará en casa antes del mediodía, tendrá los prados cortados antes de oscurecer. Después de eso habrá que segar el grano. Ya la cebada del invierno está cambiando

de color. Septiembre traerá más trabajo, antiguas obligaciones para con la tierra. Cobertizos que limpiar, ganado que evaluar, esparcir cal, abonar. Sabes que nunca dejará los campos.

Un extraño te pide tu bolso de mano y se lo entregas. Atraviesas un almacén sin puerta y te devuelven el bolso de mano. Del otro lado las luces son brillantes. Hay olor a perfume y a granos de café torrado, a cosas caras. Distingues envases de bronceador, un estante de anteojos de sol. Todo se está volviendo confuso, pero continúas porque debes hacerlo, hasta más allá de las camisas y del *duty-free*, en dirección a la puerta de embarque. Cuando la encuentras, apenas hay gente allí, pero sabes que ese es el lugar. Buscas otra puerta, divisas parte de un cuerpo de mujer. Empujas la puerta y se abre. Pasas delante de lavatorios brillantes, de espejos. Alguien te pregunta si estás bien -qué pregunta estúpida-, pero no lloras hasta haber abierto y cerrado otra puerta, hasta que te has encerrado segura dentro de tu compartimiento.